

LA IDENTIDAD DEL CASTELLANO EN MEXICO

Antonio Alatorre
El Colegio de México

Con su característica manera informal y a la vez perentoria, Julio Ortega me llamó hace unos días por teléfono y me dijo más o menos esto: “Antonio, vamos a tener aquí una serie de mesas redondas sobre asuntos de México. Perdona lo tardío de la invitación, pero quiero que vengas a hablar sobre la lengua. Se me antoja este título: *Balance y perspectivas del español de México*. Una cosa breve, de cinco o seis minutos. Te mando el pasaje de avión y te espero el 3 de marzo. Chao, pues”.

Yo soy de reacciones lentas, pero antes de que él colgara alcancé a decirle: “¡Un momento! ¡Qué es eso de *Balance y perspectivas*, y en cinco o seis minutos!” Y él, como extrañado de mi reparo: “Sí, hombre, algo como un resumen de lo que dices en las páginas finales de *Los 1,000 años de la lengua española*. Y bueno, que sean diez o doce minutos”.

Ahora bien, lo que hago en esas páginas finales de mi libro es un apretado resumen de lo que pienso sobre el estado actual de la lengua española no en México, sino en todo el orbe hispanohablante. Claro que no sería imposible resumir el resumen; pero, si la cosa es seria, si los interesados en el asunto de veras lo están, mejor será que lean despacio, no digo esas páginas finales, sino todo el libro, que es barato y además muy legible: los críticos me lo han chuleado por eso. (Observen ustedes el verbo *chulear*, que es muy mexicano.) En varios lugares del libro, no sólo en las páginas finales, digo que la lengua española, para fortuna de veinte naciones, es una sola en todas partes; que las fronteras políticas, por ejemplo entre Bolivia y el Perú, o entre Guatemala y México, no son en ningún sentido fronteras lingüísticas; que el español de España no es bueno en grado superior (como piensan todavía algunos españoles trasnochados), sino bueno en grado normal, tal como son buenos, digamos, el

español de Chile o el de Costa Rica; que por mucho que se hable de diferencias de pronunciación de léxico entre dos o más zonas del mundo hispanohablante; por mucho que regocijen o escandalicen ciertos cuentos, como el del español recién desembarcado en Veracruz que pone su maleta en el muelle y dos segundos después oye a un mexicano caritativo que le dice: “Abusado, joven, que le vuelan el veliz”, y el pobre español piensa: “¡Yo que creía que en México se hablaba español! Lo único que he entendido es joven, pero tengo 60 años”; por mucho que los acostumbrados a decir y a oír los bosques se sorprendan cuando por primera vez oyen decir lo bohque, etc., etc., la verdad es que ninguna de esas diferencias puede dar pie para decir en serio que nuestra lengua está fragmentándose en dialectos. Muchísimo menos ahora que hay una intercomunicación como nunca la había habido en la historia de la humanidad.

Es verdad que menciono en mi libro cosas que ocurren sólo en México, o principalmente en México, pero lo hago para ejemplificar fenómenos que suceden de manera análoga en cualquier otro campo de la lengua española. Es mexicano ese que habla de “la problemática involucrada”, y es también mexicano ese otro que en una ponencia, en vez de decir que se basa en una definición no muy técnica, pero sí práctica, lo que dice es: “Lejos de ser exhaustiva la definición tentativamente propuesta, sólo nos indica el problema de operacionalizar sus elementos”. Pero si recojo semejantes perlas no es para mostrar que el español de México es algo muy aparte de cualquier otro, sino sencillamente para hacer ver que eso no es español de México ni de ningún lado, sino lenguaje de marcianos o zombies, o simplemente de cursis o pedantes (a sabiendas, claro, de que marcianos y zombies, cursis y pedantes los hay no sólo en México, sino dondequiera). La lengua, la verdadera lengua, es otra cosa. Mi libro termina con una frase luminosa del gran Angel Rosenblat: “La lengua española goza de buena salud”.

La lengua hablada lo mismo que la escrita, digo yo en mi libro. Y me atrevo a sugerir algo que siento muy racional, aunque seguramente a muchos les parecerá loco: que así como decimos que nuestra lengua es el español, así, con esa misma naturalidad, con esa misma falta de ambigüedad, llamemos literatura española (o nuestra literatura) la escrita en español. No necesito esgrimir razonamientos. Salta a la vista que somos una sola república literaria, entendiendo por tal el conjunto de los escritores y de los lectores y de los distribuidores. La literatura española, que es el mejor espejo posible de la lengua española, ha tenido en este siglo XX, con Borges, con García Lorca, con Neruda (ustedes pongan cuantos nombres quieran), un florecimiento perfectamente comparable con el del Siglo de Oro, salvo que en el Siglo de Oro la aportación americana era modesta, y ahora es abrumadoramente mayoritaria.

Aquí podría poner punto final. Espero haberle dado algún contenido al rótulo propuesto por Julio Ortega, *Balance y perspectivas del español de México*. Nuestro español es parte de un conjunto cuyo balance es muy positivo y cuyas perspectivas son buenísimas.

En el programa impreso, que me dieron ayer, vi que el rótulo ya no es *Balance y perspectivas*, sino *La identidad del castellano en México*. Me gustaría comentar esa palabrita, **identidad**, si hubiera tiempo. Digo, pues, que aquí podría poner punto final, pero voy a añadir dos o tres cosillas.

Hace unos treinta años lanzó Dámaso Alonso el siguiente grito de alarma: “¡Cuidado! Los mexicanos están alterando nada menos que la base fonética del idioma. El castellano de México se nos está yendo, se nos va: se está pareciendo al catalán. Si los mexicanos siguen así, muy pronto los demás hispanohablantes no les vamos a entender”. Dámaso Alonso, que tendía a lo teatral, expresó en forma melodramática algo que ya Pedro Henríquez Ureña, mucho antes, había observado: que en México, en lugar de “necesito trescientos pesos”, suele oírse “nes’sito tresient’s pes’s”. Pero en primer lugar no todos los mexicanos hacen eso, y en segundo lugar la fuga de vocales se da en otras zonas del español. Sin hacer aspavientos, Rosenblat divide a los hispanohablantes en dos grandes grupos de acuerdo con sus preferencias gastronómicas: los que comen vocales y en lugar de **pues** pronuncian **pus** o **p’s** (“ps sí”, “ps no”), y los que comen consonantes y en lugar de **pues** pronuncian **pué**. Pero no dice que la lengua de los unos sea incomprendible para los otros.

Más recientemente (de hecho, hace unos cuantos días), mi hijo Gerardo, miembro de una de esas organizaciones ecológicas no gubernamentales que luchan por la supervivencia del planeta Tierra, me decía al regresar de una reunión internacional que era curioso cómo los españoles y los sudamericanos hacían un gran cuento cada vez que él decía **órale** (por ejemplo si alguien preguntaba “¿Hacemos tal o cual cosa?” y él contestaba ¡**Órale!**): lo sentían como la quintaesencia de lo mexicano. Lo cual significa que la conversación de mi hijo con los demás hispanohablantes era normal, fluida, sin acontecimientos, hasta que salía a relucir el dichoso **órale**. Yo no me hubiera imaginado tan reluciente ese **órale**. El enclítico ornamental **le**, por ejemplo en **ándale**, **métele**, **chíngale**, **quiúbole**, **híjole**, podrá usarse más en México que en otras partes, pero no es exclusivo de México. Una canción medio obscena del tiempo de los Reyes Católicos decía “**Dale** si le das, mozuela de Carasa, / **dale** si le das, que me llaman en casa”; y en ciertas regiones de Chile se oyen cosas parecidas: **camínele**, **atráquele**, **épale**, **huífale**.

No es mi intención, por supuesto, negar la existencia de los mexicanismos en el sentido de “voces que sólo en México se usan”, aunque en esto mismo hay que andar con cautela, pues si palabras como **chamaco**, **chilpayate** y **escuincle** se usan en **todo** México, eso quiere decir que se usan en Chiapas, Tabasco y Campeche, y entonces va a ser muy difícil impedir que pasen a Guatemala. De hecho, las voces que se usan sólo en México debieran llamarse más bien regionalismos. Por ejemplo, en mi tierra, Autlán de la Grana, Jalisco, se llaman **esquilines** ciertas hormigas negras muy chiquitas. El carácter único de esta palabra está bien garantizado, porque ya en otros pueblos de Jalisco los **esquilines** no se llaman así. Palabras como ésa deben contarse en México por

centenares, y quizá por millares. Pero sería tonto ver en ellas un argumento contra la idea de la unidad de la lengua. Nuestros regionalismos, y los de Guatemala, del Ecuador, del Uruguay, de España, de todas partes, lo que hacen es poner de relieve, con el contraste de su rica y pintoresca variedad, la unidad básica de nuestra lengua.

Terminaré con algo de índole muy personal. Hay ámbitos lingüísticos en que ocurren cosas que sencillamente me revientan. Me refiero en concreto a cierto lenguaje periodístico y a esa extraña cosa que yo llamo “español Televisa”. El caso del lenguaje periodístico es más comprensible. Se trata, en general, de falsas elegancias nacidas de un deseo de perfección (y ¿quién va a negar que el deseo de perfección es loable?). Hay, en efecto, quienes piensan que “los eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa” es más bonito que “lo que pasa en la calle”. Típico de ese lenguaje periodístico es decir que “al arribar el señor fulano fue cuestionado acerca de algo”, en vez de decir que cuando llegó le hicieron preguntas. Típico también decir que algo inició en vez de decir que **empezó** o **comenzó**: “La junta inició a la hora anunciada”. “No tener **nada** que ver en el asunto” es expresión archinormal, pero esos despistados perseguidores de la perfección han oído decir que dos negaciones equivalen a una afirmación, y entonces salen con frases como “Fulano no tenía que ver algo en el asunto”, y en vez de “No había nadie” dicen “No había alguien”. (Este remilgo purista se parece al de los meseros que cuando les pido un vaso de agua sonrían discretamente y corrigen: “Un vaso con agua, je je; sí señor, ahora mismo”.)

El español Televisa es cosa más seria, pues quienes ven televisión son infinitamente más que quienes leen periódicos. Me ha tocado ya oír a estópidos imitadores del estólido Jacobo Zabludovsky pronunciando esa V “labiodental” (ViVir, actiVo) que jamás ha existido en nuestra lengua. A veces me doy el gusto masoquista de ver durante unos minutos lo que es el doblaje de una película o una telecomedia. Es evidente que los traductores obedecen consignas de alguien sumamente desorientado. De pronto hay remilgos puristas, y así, cuando estoy viendo en una película que alguien se viste de Santa Clos (como decimos en México), lo que dice el doblaje es que se viste de San Nicolás; y lo que todos llamamos zíper, en español Televisa se llama cremallera. En contraste con estos anglicismos tan exquisitamente evitados, hay torrentes de anglicismos en las estupendas traducciones literales que se usan en Televisa. Si en inglés alguien dice “I’m waiting for someone”, la traducción no va a ser “Estoy esperando a alguien” (o “Espero a alguien”), sino, forzosamente, “Estoy esperando por alguien”. “To feed the dog” jamás se traducirá por “darle de comer”; la traducción tiene que ser literal: “alimentar al perro” (que a mí me suena a “darle de mamar”). Y si un personaje dice “I need some additional evidence”, el español normal, “Necesito más pruebas”, va a quedar fatalmente aplastado y aniquilado por el español Televisa: “Necesito evidencias adicionales”.

Pero, después de mis breves orgías de rabia, con el televisor ya apagado, me pongo a filosofar (*El consuelo de la Filosofía* se llama una obra maestra escrita en una época de crisis). Pienso, por una parte, que la gente normal no se precipita a copiar lo de las “evidencias adicionales” ni las demás burradas. Por más que en el avión de México a Guadalajara se nos diga que “nuestro tiempo estimado de vuelo es de 45 minutos”, la gente normal, la no enloquecida, sigue diciendo que el vuelo de México a Guadalajara “dura como tres cuartos de hora”.

Y pienso, por otra parte, que si algo de eso se cuele en nuestro idioma, no va a haber tragedia. En el español de México (y de otros lugares) viven pacíficamente **jaibol**, **estándar**, **trolebús**, **beisbol** (con su **pícher** y su **cácher** y su **jonrón**) y otros mil anglicismos, y nuestro **tribunal** supremo de justicia no se llama así, sino “suprema corte”, calco servil de la designación norteamericana. Yo declaro que jamás diré **reporte** en vez de **informe**, ni **chequeo** en vez de **revisión**, pero bien sé que **reporte** y **chequeo**, a pesar de mi repudio, pertenecen de lleno a la lengua, puesto que son voces que la gente usa. Y como la gente no ha dejado de decir **informe** ni **revisión**, eso quiere decir que ha habido un enriquecimiento: cuatro palabras en vez de dos. Agregó ahora un último ejemplo. Ustedes y yo acabamos de oír que esta sesión en que estoy hablando se intitula “Las políticas de la identidad cultural”. Yo jamás le hubiera puesto ese título. En inglés está bien **policies**, palabra que no se confunde con **politics**; pero — digo yo — el plural **políticas** está mal en español. No era necesario que nuestra sesión se llamara así. Y, sin embargo, tengo que admitir que la palabra **políticas** (educativas, financieras, etc.) se usa muchísimo, o sea que hacía falta, y esto no en el español Televisa, sino en el español de la gente.

Llego así a una conclusión que, de tan obvia, es perogrullada. Sólo las lenguas muertas, como el sánscrito y el latín, se están quietecitas; las lenguas vivas necesariamente, inevitablemente, todo el tiempo están moviéndose. El efímero Antonio Alatorre no puede aspirar más que a aquella pequeñita influencia que pueda tener sobre sus hijos, sus amigos, sus alumnos, sus pocos lectores, en cuanto a preferencias, en cuanto a sensibilidad lingüística. De todos modos, con Alatorre, o sin él, el río de la lengua sigue su impávido fluir hacia el futuro.